

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Sobre la educacion de la mujer, por don A. P.—El Canastillo de Flores (poesia), por don Juan Pintero.—El Mes de Maria, ó Las Flores de Mayo, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Santa Casilda, por don Antonio de Trueba—Labores, por J. G. B.—Modas.

INSTRUCCION.

Sobre la educacion de la mujer (1).



ESPUES de la enseñanza que dejamos referida, corresponde la del respeto á los mayores, y principalmente á los maestros (entendiéndose en cuanto á estos, que pone mas trabajo el que enseña que el que aprende, porque aquel tiene que acomodarse á la capacidad de éste, y sufrir sus impertinencias); y la afabilidad con los criados, afabilidad que debe tener sus límites para que no pase á llaneza. Las lecciones sobre este asunto habrian de ser estensas, y nadie puede darlas como una madre ilustrada, acompañándolas con el ejemplo, que es el mejor preceptor.

A ellas tambien corresponde enseñar todos los de la educacion, aun los accesorios mas insignificantes, si los hay en esta materia. El amor al trabajo, la útil y oportuna aplicacion de éste, sirve hasta para evitar esa especie de vanidad infundada que no tuvo la grande Isabel la Católica, que se preciaba de no haberse puesto su marido camisa que ella no hubiera hilado y cosido.

La que sabe hacer sabe mandar; de aquí la necesidad de la enseñanza, de la economía y el gobierno doméstico, y sobre todo de la buena ocupacion del tiempo, para que este sobre y pueda emplearse en

la instruccion, que da luz á la mente y goce al alma.

Hay que enseñar ademas los escollos que se deben evitar y las sendas que se deben seguir. La lisonja, lenguaje de costumbre en los hombres, que acostumbra á oír las mujeres, es mas perniciosa que útil; y la mejor instruccion que se puede dar en este asunto es, que no hay medio mas cierto y seguro de conseguir el aplauso que se apetece, que el hacerse digna de él por una conducta prudente y por las cualidades que todo el mundo estima.

Querer sobresalir por los trajes y adornos, y por otras gracias semejantes, es como el resplandor de un fósforo, que muere pronto, es como un fuego fátuo que brilla y no quema. La lisonja es un lenguaje fingido que introduce la vanidad.

Cuando se recibe una instruccion conveniente, se modera la locuacidad, porque se piensa mas lo que se dice, y se habla menos y mejor. Lo mismo se consigue respecto á la curiosidad, compañera ordinaria de la murmuracion, por el placer que se recibe en contar lo que se ha dicho.

Pero si hay algunos defectos mas comunes en la mujer que en el hombre, tiene aquella en cambio mas prendas recomendables. La modestia, es como la virtud, característica en las mujeres: su opinion es tan delicada que cualquiera cosa la mancha, y así no basta tenerla en el interior, es preciso manifestarla y dar señales positivas de ella en la conversacion, en el porte y en el modo de vestir.

No consiste la modestia en bajar los ojos y en poner un semblante hipócrita, sino en desviarse de todas las ocasiones que pueden esponerla, en la inocencia del corazon, en una conducta arreglada y juiciosa, en el buen porte exterior y en acciones y palabras que concilien el respeto de las demas gentes.

(1) Véase nuestro artículo del 8 de Abril.

La moderacion es compañera inseparable de la modestia, y de no menos necesidad, así como la urbanidad y la política, contribuyendo todas estas bellas prendas á cautivar la voluntad de todos.

Cumpliendo á las madres la enseñanza de estos deberes, tienen otros no menos difíciles y delicados, y que no dejan de presentar graves inconvenientes. Siendo evidente la lucha interior de las pasiones, las tenemos, ó para nuestra humillacion, ó para el mérito de vencerlas: así que el mal no está en tenerlas, sino en dejarse llevar de su violencia, y esto lo impide la reflexion y el juicio. De aquí la necesidad de ésa prudencia y discrecion que pinte con vivos colores los efectos del vicio y de una mala conducta, para su aborrecimiento eterno. Siembre acertadamente una madre la máxima de cuán pernicioso es el deseo de ser alabadas y obsequiadas las mujeres por las gracias del cuerpo, á cuyo vano aplauso se sacrifica muchas veces la opinion, y no pocas la costumbre, y no será estéril el fruto.

Es cuestionable para muchos la conveniencia de educar á las niñas en la casa paterna ó fuera de ella. Nuestra opinion sobre este asunto está emitida; pero ocupándonos ahora solamente del *Discurso* de Amar y Borbon, reproduciremos lo que á este propósito dice.

—«Por lo tocante á las jóvenes, seria sumamente ventajoso que no se separasen de sus madres hasta tomar estado, si tienen la debida discrecion para educarlas por sí mismas; porque suponiendo que primero procurarán instruir las á fondo en las obligaciones mas esenciales de la religion, y darles buenos ejemplos de modestia y de conducta, que son las prendas que mas adornan á las mujeres, podrán añadir al mismo tiempo las otras lecciones insinuadas, y que forman el complemento del mérito de una señorita. El ejemplo de una madre buena, es el mas eficaz, porque el respeto natural obliga á imitarlo, y el ser continuo hace que se aprenda casi sin estudio á practicar todo aquello que se ve frecuentemente. Una niña que se acostumbra desde temprano al método, esto es, á tener tiempo de devocion, tiempo de labor, tiempo de leccion, y tiempo de tratar con las gentes y de una honesta diversion, se le hará después todo esto fácil; porque sin orden no se halla tiempo para nada.

» Es cierto que las madres que no tuvieren las calidades dichas de discrecion y buena conducta, harán bien de poner á sus hijas lo mas pronto que puedan en conventos, porque ninguna cosa les será mas perjudicial que el mal ejemplo..... Dejando aparte que son como un santuario donde se enseña la virtud,

y donde está mas á cubierto la inocencia..... Si las madres que por razon de serlo tienen tan estrecha obligacion de cuidar de sus hijas, se quejan de lo penoso de ella, y á veces no se atreven á cumplirla, ¿qué será las personas extrañas que no pueden hacerse obedecer tan fácilmente, y que les cuesta mas trabajo corregir los vicios de la mala educacion que encuentran en las niñas, que infundirles la buena? Esto aun sin contar las molestias é impertinencias que causan en aquella edad, y los obstáculos que suelen oponer ciertas madres cuando van á verlas, con su indiscreto cariño y contemplacion.... No será tampoco impugnarnos el decir que en ellos no se puede aprender todo lo preciso para el manejo y direccion de una casa, siendo muy distinto en esta parte el gobierno de los conventos. Tambien se ofrece otro inconveniente, y es, que, como en estos se juntan muchas de varias familias, entre ellas algunas ya grandes, y que han entrado con conocimiento y malicia de las cosas del siglo, es fácil que esto cause algun daño en las mas pequeñas, por mas vigilancia que tengan las mismas religiosas; lo cual no sucede en una casa donde la madre, si fuere cuidadosa, podrá determinar con quienes han de tratar sus hijas.

» Como el gobierno de la casa es circunstancia tan recomendable en una señorita que piensa casarse, será conveniente que aun las que estuvieren de niñas en los conventos salgan á cierta edad, y se instruyan en él antes de tomar estado, y que empien á disfrutar á la vista de sus madres de una honesta libertad, para que el total encierro y privacion de ella no las haga después entregarse de un golpe á todo género de diversiones, que suele ser el escollo de las que han estado demasiado sujetas y de repente se hallan libres. »

El término medio que obvia los inconvenientes que pueda haber en uno ú otro extremo de enseñanza, es el de que las madres enseñen directamente la educacion á sus hijos, y en las escuelas ó colegios se les instruya. Así les atiende la madre, vé cada día los adelantos que hagan, les corige los defectos que puedan aprender, y cualquiera que sea la instruccion de una madre, suele estar apta para dar una acertada direccion á la enseñanza de sus hijos.

Las madres no pueden saber nunca, por lo general, lo que las profesoras, no pueden dedicar tanto tiempo como exige la enseñanza; y el cariño muchas veces tolera pequeñas faltas que deben corregirse, y no las nota varias veces una madre, que jamás puede prescindir de serlo.

A. P.

LITERATURA.

EL CANASTILLO DE FLORES.

A la niña MARIA DE LA ROCHA.

I.

Niña cándida y bella,
 tierna y galana,
 pura, como la estrella
 de la mañana;
 el sol de Oriente,
 con sus rayos de oro,
 baña tu frente.

Mariposa que al cielo
 de la esperanza
 su revoltoso vuelo
 tímida lanza;
 blanca paloma,
 que exhalas de inocencia
 mágico aroma,

Eres tan dulce y pura,
 que el alma mía,
 cien años de ventura
 te ofrecería;
 si dable fuera
 que quien dicha no tiene
 darla pudiera.

Pero tengo un secreto,
 que llega al alma;
 un mágico amuleto,
 que da la calma;
 son ciertas flores
 que reunidas conjuran
 tristes dolores.

Ligando las mas bellas,
 con un cintillo,
 te formaré con ellas
 un canastillo;
 dentro guardadas
 la virtud y la dicha
 van encerradas.

II.

Mi canastillo forman,
 niña inocente,
 flores que misterioso
 sentido tienen:
 Blanca *azucena*
 tu candidez pintando
 va la primera.

La *celedonia*, dice,
 los maternales
 cuidados que las niñas
 dan á sus madres;
 y su amor puro
 esas menudas hojas
 de verde *musgo*.

De tu fé será emblema
 la *pasionaria*,
 el *oxiacanto* el cielo
 de tu esperanza,
 y bella *ósmunda*
 esa ilusion querida
 que nos deslumbra.

Déte sueño apacible
 la *adormidera*,
 y lazos amorosos
 la *madre-selva*;
 gracias tempranas
 de Abril fragante *rosa*
 déte galana.

Modestia la *violeta*,
 y amor el *mirto*,
 y sencilla inocencia
 la *flor del lino*,
 en horas breves,
 derramen á porfía
 sobre tus sienes.

Simboliza el abeto
 á la fortuna,
 y el *hoya* la grandeza
 de un alma pura;
 por eso ligo
 con sus mas verdes tallos
 mi canastillo.

Y coloco en su centro
 de *mielga* un ramo,
 y oculto entre sus hojas
 un *clavel* blanco;
 que significa,
 —con sentimientos puros
 muy larga vida.—

III.

Ya ves, niña inocente,
 que en esas flores
 simboliza mi mente
 dicha y amores;
 permita el cielo
 que realizado mires
 tan dulce anhelo.

El sábio, que secreto
 tal enseñaba,
 dijo, que un amuleto
 con él me daba;
 y aun añadía
 que á quien yo se lo diese
 feliz haría.

Tómalo, niña bella,
 pura y galana
 como la blanca estrella
 de la mañana;
 quizás del sábio
 dijo, para tu dicha,
 verdad el lábio.

Contempla sus colores,
 bebe su aroma,
 y en esas tiernas flores
 lecciones toma;
 que es muy sencillo
 el secreto que guarda
 mi canastillo.

JUAN PIÑERO.

Jerez de la Frontera, á 15 de Abril de 1857.

EL MES DE MARÍA,

6

LAS FLORES DE MAYO.

Hay en estas solas palabras una cosa tan indeciblemente suave que nos recuerda todo lo que el corazón ama, honra y venera. El mes de María, como si Dios le hubiese elegido para que en él el hombre mostrase su amor á la Divinidad, es el mas bello, el mas dulce del año; es la infancia de las estaciones, la fiesta de la naturaleza, y fué un pensamiento tan grande como piadoso el que inspiró ofrecer nuestras preces á la Virgen, y celebrar sus gracias en esta época de sol y de perfumes.

La devoción del mes de María tuvo su origen en Roma, y se extendió despues por toda Italia, país risueño donde la mano del Criador ha prodigado todos los encantos de la naturaleza, y á cuyos pueblos la palabra del Apóstol San Pedro convirtió y confirmó en la fé. Nada mas interesante y majestuoso que el tierno fervor con que los fieles de la Roma moderna elevan durante este mes un himno de alegría á los piés de la Madre del Salvador.

Esta devoción, que respira santa poesía, se difundió en Francia á fines del siglo pasado, y por los años de 1826 á 1828 se introdujo en España en las escuelas de los PP. Jesuitas, estendiéndose su práctica desde 1850 á las funciones de iglesia, acogida con gran veneración por nuestro pueblo católico, como todo aquello que tiende á solemnizar el dulce nombre de María. Hoy completamente generalizada esta festividad religiosa, es una de las que con pompa mas singular celebra la Iglesia, teniendo especiales oraciones para cada uno de los treinta días del mes, y dejando el último para la función extraordinaria, en la que niños y niñas de muy corta edad, vestidos de blanco, con el pelo tendido, y coronados de rosas, suben hasta los piés de la imagen á presentarle la ofrenda de flores que los fieles la dedican. ¡Sublime espectáculo el de un pueblo entero ofreciendo á la Reina de los Angeles olorosas flores, único presente digno de su pureza, por medio de esos inocentes sérés, únicos tambien dignos de llegar hasta su escelso trono!

¡Cuántos endurecidos pecadores que habian resistido á las exhortaciones mas espresivas, han sentido conmoverse su corazón y abrirse su alma á mejores inspiraciones en este mes colocado bajo la santa protección de la Virgen! En crisis difíciles de la vida, se han visto á multitud de hombres desconocer la intercesión de los santos; apartarse del Angel de su

guarda, cuya voz en vano se alzaba en su conciencia; olvidarse hasta del mismo Dios: pero nunca el nombre consolador de la Madre de Jesús resonó una vez en el corazón humano, sin que mas pronto ó mas tarde hiciese renacer en él la calma y afianzar la fé. Es porque el nombre de María es el eco de los cándidos recuerdos de nuestra infancia, y todos miramos en esos recuerdos nuestra mas verdadera necesidad, nuestras mas duraderas alegrías; es porque la infancia es la flor que produce sus frutos en la edad madura, y los reflejos del pasado acaban siempre por iluminar el porvenir.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

SANTA CASILDA.

I.

Era rey de Toledo el moro Almenon, con quien el rey de Castilla D. Fernando el Grande mantenía cordial amistad.

Este rey moro tenía una hija muy hermosa y compasiva, llamada Casilda.

Una esclava castellana contó á la hija del rey moro que los nazarenos amaban á su Dios y á su rey, y á sus padres, y á sus hermanos, y á sus esposas.

También contó la esclava á la hija del rey moro que los nazarenos nunca quedan huérfanos de madre, porque cuando pierden á la que los concibió en sus entrañas, les queda otra, llamada María, que es una madre inmortal.

Pasaron años y pasaron años, y Casilda fué creciendo en cuerpo y en hermosura, y en virtud. Se le murió su madre, y envidió la dicha de los huérfanos nazarenos.

En los confines del jardín que rodeaba el palacio del rey moro había unas lóbregas mazmorras donde gemían, hambrientos y cargados de cadenas, muchos cautivos cristianos.

Sucedió que un día fué Casilda á pasear por los jardines de su padre, y oyó gemir á los pobres cautivos. La princesa mora se echó á llorar sin consuelo, y tornó al palacio lleno su corazón de tristeza.

II.

A la puerta del palacio encontró Casilda á su padre, y arrodillándose á sus pies le dijo:

—Padre! señor padre! en las mazmorras de allende los jardines jime muchedumbre de cautivos. Qúitate sus cadenas, álzales las puertas de su prisión y

déjalos tornar á tierra de nazarenos, donde lloran por ellos padres, hermanos, esposas, amadas!

El moro bendijo á su hija en el fondo de su corazón, porque era bueno, y amaba á Casilda como á las niñas de sus ojos.

El pobre moro no tenía mas hijas que aquella.

El pobre moro amaba á Casilda porque era su hija, y porque era además la viva imagen de la dulce esposa, cuya pérdida lloraba hacia un año.

Pero el moro antes que padre era musulmán y rey, y se creía obligado á castigar la audacia de su hija.

Porque compadecer á los cautivos cristianos y pedir su libertad, era un crimen que el Profeta mandaba castigar con la muerte.

Por eso ocultó la complacencia de su alma, y dijo á Casilda con airado semblante y voz amenazadora:

—Aparta, falsa creyente, aparta! Tu lengua será cortada y tu cuerpo arrojado á las llamas, que tal pena merece quien aboga por los nazarenos!

É iba á llamar á sus verdugos para entregarles su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo á sus pies demandándole perdón en memoria de su madre, de la reina cuya muerte lloraba Almenon hacia un año!

El pobre moro sintió sus ojos arrasados en lágrimas y estrechó á su hija contra su corazón, y la perdonó diciendo:

—Guárdate, hija mía, de pedir otra vez por los cristianos, y aun de compadecerlos, porque entonces no habrá misericordia para tí; que el santo Profeta ha escrito:—«Esterminado será el creyente que no esterminare á los infieles.»

III.

Cantaban los pájaros, era azul el cielo, era el sol dorado, se abrían las flores, y el aura de la mañana llevaba al palacio del rey moro el perfume de los jardines.

Casilda estaba muy triste, y se asomó á la ventana para distraer sus melancolías.

Los jardines le parecieron entonces tan bellos, que no pudo resistir á su encanto, y bajó á pasear su tristeza por sus olorosas enramadas.

Cuentan que el ángel de la compasión en forma de hermosísima mariposa le salió al paso y encantó su corazón y sus ojos.

La mariposa volaba, volaba, volaba de flor en flor, y Casilda iba en pos de ella sin conseguir alcanzarla.

Mariposa y niña tropezaron con unos recios muros, y la primera penetró por ellos dejando allí inmóvil y enamorada á la segunda.

Trás aquellos recios muros oyó Casilda tristísimos lamentos, y entonces recordó que allí gemían, hambrientos y cargados de cadenas los pobres nazarenos,

por quienes en Castilla lloraban padres, hermanos, esposas, amadas!

Y la caridad y la compasion fortalecieron su alma é iluminaron su entendimiento.

Casilda tornó al palacio, y tomando viandas y oro tornóse hácia las mazmorras siguiendo á la mariposa, que volvió á presentarse á su paso.

El oro era para seducir á los carceleros, y las viandas eran para alimentar á los cautivos.

Oro y viandas recataba con la falda de su vestido, cuando al volver una calle de rosales tropezó con su padre, que tambien habia salido á distraer allí sus melancolías.

—¿Qué haces aquí tan temprano, luz de mis ojos? preguntó el moro á su hija.

La princesa se puso colorada como las rosas que mecía á su lado el aura de la mañana, y al fin contestó á su padre:

—He venido, á contemplar estas flores, á oír trinar estos pájaros, á ver el sol reflejarse en estas fuentes, y á respirar este ambiente perfumado.

—¿Qué llevas envuelto en la falda de tu vestido?

Casilda llamó desde el fondo de su corazón á la Madre inmortal de los nazarenos, y respondió entonces á su padre:

—Padre y señor, llevo rosas que he cogido en estos rosales.

Y Almenon, dudando de la sinceridad de su hija, tiró de la falda del vestido de la niña, y una lluvia de rosas se derramó por el suelo.

IV.

Pálida estaba la niña, pálida como las azucenas de los jardines del rey moro, su padre!

Cuenta la historia que apenas quedaba sangre en las venas de Casilda, porque todos los dias coloraba, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

Pálida estaba la niña, y el rey moro se moría de pena viendo morir á su hija!

La ciencia de los médicos de Toledo no acertaba á devolver la salud á la princesa, y entonces Almenon llamó á su córte á los mas afamados de Sevilla y Córdoba.

Pero si impotente habia sido la ciencia de los primeros, impotente era tambien la ciencia de los segundos.

—Mi reino y mis tesoros daré al que salve á mi hija! exclamaba el pobre moro, viendo á Casilda próxima á exhalar el último suspiro.

Pero nadie acertaba á ganar su reino y sus tesoros, que la sangre continuaba colorando, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

—«Mi hija se muere! escribió el rey de Toledo al rey de Castilla. Si en vuestros reinos hay quien pueda salvarla, que venga, que venga á mi córte, que yo le daré.... mi reino, mis tesoros, y hasta le daré mi hija.»

V.

Por los reinos de Castilla y de Leon sonaban pregones anunciando que el rey moro de Toledo ofrecia al que devolviera la salud á su hija su reino y sus tesoros, y hasta la hija, cuya salvacion anhelaba.

Y cuentan que un médico venido de Judea se presentó al rey de Castilla ofreciéndole tornar la salud á la princesa mora.

Y era tal la sabiduría que brillaba en las palabras de aquel hombre, y tal la fé que inspiraba la bondad que resplandecía en su rostro, que el rey de Castilla no vaciló en darle cartas, asegurando á Almenon que le enviaba con ellas el salvador de la princesa Casilda.

Apenas el médico venido de Judea tocó la frente de la niña, la sangre cesó de correr, y el color de la rosa empezó á asomar en las pálidas mejillas de la enferma.

—Tomad mi reino! exclamó Almenon loco de alegría y llorando de agradecimiento.

—Mi reino no es de este mundo, respondió el médico venido de Judea.

—Tomad mi mayor tesoro! repuso el Rey de Toledo designando al médico su hija.

Y haciendo una señal de aceptación el médico, estendió la mano hácia Castilla, y dijo:

—Allí hay unas aguas purificadas que han de completar la salvacion de la vírgen musulmana.

Y al dia siguiente la princesa Casilda pisaba la tierra de los nazarenos acompañada siempre del médico venido de Judea.

VI.

Casilda y el médico venido de Judea caminaban, caminaban, caminaban por la tierra de los nazarenos, y al fin se detuvieron á la orilla de un lago de aguas azules.

El médico tomó algunas gotas de agua en el hueco de la mano, y exclamó derramándolas sobre la frente de la princesa:

—*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo!*

Y la princesa sintió un bien estar inefable, parecido al que allá en su niñez le habia contado la esclava nazarena que sentian los bienaventurados en el Paraíso.

Y sus rodillas se doblaron, y sus ojos se fijaron en

la bóveda azul del cielo, y en torno suyo resonaron dulcísimos *hossanas*, que la hicieron volver la vista á su alrededor.

El médico venido de Judea no estaba ya á su lado, que cercado de vívidos resplandores se elevaba hácia la bóveda azul del cielo.

¿Quién eres, señor, quién eres? exclamó la princesa atónita y deslumbrada.

—Soy tu esposo, soy el que dió la salud á la hija de Jairo, que padecía el mal que tú padeciste, soy el que dijo: «Cualquiera que dejase casa ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna!»

A la orilla del lago azul que hoy llaman de *San Vicente*, y está en tierra de Briviesca, hay una pobre ermita donde vivió solitaria la hija del rey moro de Toledo, que hoy llaman *Santa Casilda*.

ANTONIO DE TRUEBA.

LABORES.

Ya por fin, *Sofía querida*, aparecieron los hermosos días de Mayo. Ya se acabaron las veladas, dejándote como un grato recuerdo una porción de labores útiles: en cambio las deliciosas mañanas y apacibles tardes que ahora se suceden, te convidan á emprender otras mas agradables. Esta es la estacion en que mas dispuesta te encontrarás para empezar cualquier trabajo delicado, es la estacion en que con mas gusto soportarás el peso de tu bastidor. ¡Cuántas labores que reclamaban tu atencion en el invierno, habrás guardado en el fondo de tu costurero, esperando los hermosos días de Mayo para empezarlas! Ya llegaron esos días, y con su alegría te animan á trabajar.

Si quieres crearme principia tus labores en el bastidor por bordar al pasado el cuello que señalado con el núm. 3 te mandé en el último pliego de dibujos: este cuello y su puño correspondiente, son de una forma tan nueva como elegante. El otro cuello mas sencillo que lleva el núm. 7, se presta por su dibujo á la muselina y al tul: en uno y en otro caso puedes si mas te agrada suprimir el feston, y por la última linea ó cordoncillo pegar un encaje; si no le suprimes y le ejecutas en muselina ó batista, ocupa el espacio que media entre los dos últimos cordoncillos por un calado.

Los dos pañuelos estoy segura que te han agra-

dado mucho, el uno por su riqueza y el otro por su sencillez. El del núm. 6 su mismo dibujo te muestra que debes bordarle al pasado, y el del núm. 8 debes hacerle todo á feston de realce, y las flores á cordoncillo ancho. Tambien te recomiendo el dibujo para mangas: si lo ejecutas en muselina, bordado á la inglesa, serán unas bonitas mangas de puño; pero mi objeto ha sido que le reproduzcas en tul, haciendo mates todas las flores y bodoquitos, para lo cual debes emplear el punto de *pasado en tul* ó *zurcido* con hilo laso llamado plata, y bordar un trozo suficiente para hacer unas mangas de bullones como ahora llevamos.

El tarjetero que hoy te envío muy poco me ocupará: habiéndote ya explicado diferentes labores de este género, cuanto pueda decirte lo sabes tú. Te haré sin embargo algunas ligeras observaciones: sobre el modelo debes cortar un pedazo de cachemir ó merino de las mismas dimensiones que él, y copiar encima el dibujo, aplicando luego en los dos espacios que muestra el modelo de color mas claro, un pedazo de raso azul tambien, pero algo mas bajo que el del merino, y con terciopelo azul mas subido, llenas el espacio que él te marca de azul turquí, cogiendo todas estas aplicaciones con cordoncillo de oro. Con lo que te he dicho, y con solo que te fijas en el modelo, comprenderás que solo el cuadrado del centro, y el espacio que forma la orilla, es lo que se vé de fondo. Cuando tengas las dos caras iguales terminadas, le llevas al encuadernador para que le arme.

El fleco que acompaña al tarjetero, te lo mando porque es muy fácil de ejecutar, y ahora que tanto los usamos, me ha parecido una labor que has de agradecer. Puedes darle el tamaño que quieras, dejando á los cabos el largo conveniente. Su explicacion es como sigue:

Fleco de punto de aguja.

Debes ante todo cortar un crecido número de cabos de seda, de un largo de 15 centímetros, dejándolos aparte, y principias tu obra poniendo 12 puntos sobre la primera aguja.

1.^a *Vuelta*.—Un punto liso en cada uno de los que hay en la aguja.

2.^a—Un punto lis., 1 trab. d., 1 meng., 1 trab. d., 1 meng., 1 trab. d., 1 meng. Tomas ahora cuatro cabos de los que cortaste, y los colocas por

su mitad sobre la aguja de la derecha, como si fueran cuatro puntos, dejando sus ocho puntas á la parte de atrás: 2 ps. lis., pasas los ocho cabos por entre las agujas á la parte de delante: 2 ps. lis., llevas otra vez los ocho cabos á la parte de atrás: 4 p. lis.

3.^a—Cuatro ps. lis., con el siguiente haces dos de los cuatro puntos que forman los cabos, los otros dos con el punto siguiente: 6 ps. lis., contando cada traballa de la vuelta anterior como un solo punto.

4.^a—Siete ps. lis., tomas como para la vuelta segunda, cuatro cabos y los colocas del mismo modo con las puntas hácia atrás: 2 ps. lis., traes las puntas de los cabos hácia adelante por entre las agujas: 2 ps. lis., llevas los ocho cabos hácia atrás: 4 p. lis.

5.^a—Cuatro ps. lis., haces con el punto que sigue dos de los cuatro puntos que forman los cabos, los otros dos con el punto que sigue: 6 ps. lis.

Vuelves á principiar por la segunda vuelta, y repites estas cuatro hasta que el fleco tenga el largo que tu desees.

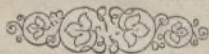
Este fleco puedes hacerle con seda negra ó de color, con algodón ó estambre, segun para el objeto que le destines.

He concluido por hoy, y me despido de tí hasta el próximo Junio, no sin volver á encargarte que aproveches estos dias hermosos en tus labores.

J. G. B.

BIBLIOGRAFÍA.

Tenemos el gusto de recomendar á nuestras lectoras la linda novela titulada *Margarita*, original de nuestra apreciable colaboradora la señora doña María del Pilar Sinués de Marco. Esta obrita, que se recomienda por su interés y buen lenguaje, se vende á 8 rs. en Madrid y 9 en Provincias. Las suscriptoras á nuestro periódico que la pidan directamente la obtendrán con un real de rebaja.



MODAS.

La Moda, amables lectoras, viste ya los colores de primavera. Apenas se presenta una tarde apacible en que lucen, entre ligeros celajes, los tibios rayos del sol de Mayo, nuestras hermosas acuden á los paseos á saludar alegres al mes de las flores. Sus colores preferidos son el violeta y el verde, y en los trajes de colores lisos, sus adornos guardan completa armonía con el follaje encantador de los bosques. Compónense por lo general de caprichosas disposiciones formadas por rizados de tafetan picado, cuyo escarolado es de un efecto fresco y juvenil. Unas veces estos rizados son solo del color del vestido; otras son de dos tonos, y algunas jaspeados de dos colores que casen bien, como el gris y el negro, ó verde y malva. Los mas elegantes son del mismo color del vestido, aunque en tono un poco mas subido, y no faltan algunas que para dar variedad á sus trajes, los llevan de otro color que corte y vaya bien con el del fondo.

La Moda, que no es tan coqueta é insustancial como algunos pretenden, presenta ahora ocasion de lucir los resultados de la aplicacion de las señoritas en las veladas del invierno. Uno de los adornos mas admitidos en las manteletas y confecciones de primavera, son los bordados en seda. Se bordan tambien de lo mismo las disposiciones de los vestidos: los volantes en los que los llevan, y en los que no los tienen, las caidas ó tiras á los lados, ó el centro de la falda que figura delantal. Como es un adorno que tanto favorece, se va generalizando en los chales ligeros, en las manteletas de todas hechuras, y en las chaquetas ó basquines, adaptándose su trabajo á las diferentes formas de estas prendas. Unas veces el bordado es sencillo y ligero, como un punto de cadeneta: otras espeso y recargado con realces del mayor lujo, y algunas el bordado en sedas se reemplaza por el de trencillas, y no es esté en verdad el menos lindo. Un fleco de seda mas ó menos largo es el complemento de estos adornos.

En las chaquetas ó basquines de lujo, que ordinariamente para este objeto son de tafetan ó glassé negro, se borda el pecho completamente: las mangas llevan una ó mas guirnalda á lo largo. La espalda va lisa, lo mismo que la aldeta que se guarnece de flequillo, de guipure ó de blonda.

Los grandes abrigos titulados á la Emperatriz, se guarnecen de bordados de aplicacion en terciopelo, cuyos ricos dibujos destacan admirablemente sobre el fondo del tafetan.

AURORA PEREZ MIRON.